

El silencio de la escultura

Hace 90 años murió el artista Auguste Rodin, en París. El escultor marcó la diferencia entre la forma de expresarse en el siglo XIX y el brinco que había que dar, tan necesario, para impactar en el arte moderno del XX.

TEXTO: MARTÍN CASILLAS DE ALBA

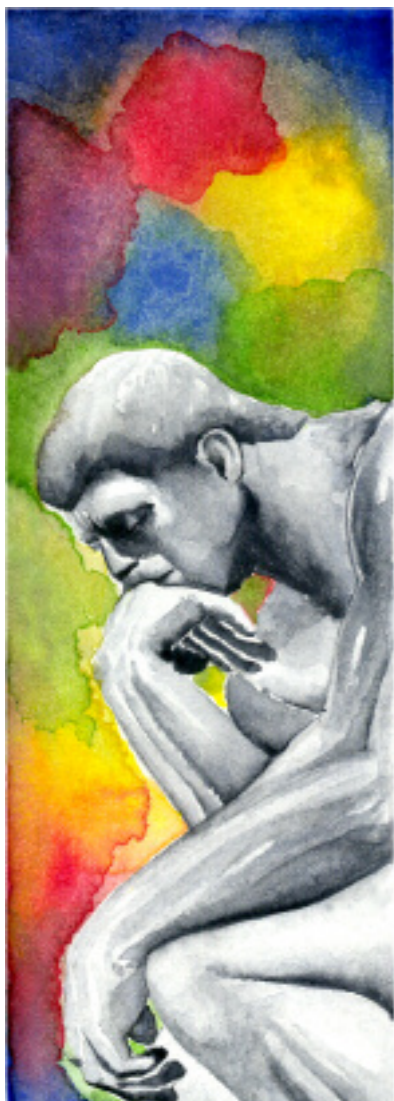


ILUSTRACIÓN: SILVIA GARCÍA

¿Quién no conoce *El beso* como el que le da una mujer a su amante, sentada sobre sus piernas, apoyándose en uno de sus pies para elevarse sobre sus muslos y darle un beso en la boca, más que lista para lo que después se pudiera ofrecer? ¿Quién no ha visto al inacabado *Pensador* sentado, apoyando su cabeza –como Hércules sosteniendo al mundo–, sobre la mano derecha, apesumbrado por su destino o por sus fantasías, dejando que el peso de sus pensamientos caiga sobre el codo que descansa en la rodilla alterna, torciendo el cuerpo para mostrar la tensión que vivía? Bueno, pues estos dos desnudos fueron hechos por las manos y la genialidad de Auguste Rodin (12 de noviembre de 1840 - 17 de noviembre de 1917), un artista que es considerado como un monstruo de la creatividad, un Balzac de la escultura que trabajó en su taller de París con

varios proyectos al mismo tiempo, algunos monumentales como *Las puertas del infierno* y otros más sencillos, que siempre empezaba con esbozos a escala, en arcilla maleable, hasta que encontraba la expresión perfecta y entonces los pasaba al tamaño que deseaba reproducirlo, antes de fundirlo en el eterno bronce o esculpirlo en el blanco mármol.

Rodin era un hombre fornido que hizo y rehizo sus obras hasta que logró plasmar el movimiento mismo, congelando el instante tal como él lo deseaba fijar en el barro, para luego eternizarlo en el bronce, expresando el deseo o la necesidad o la esperanza o, simplemente, el cuerpo en el espacio. Mientras los esculpía, aprovechaba y disfrutaba, en todos los sentidos, de los modelos que colocaba desnudos de una u otra forma, observándolos desde que dejaban caer la bata de seda que los cubría, antes de que se

colocaran con sus cuerpos desnudos de la manera propuesta por el artista, hasta que mostraban la tensión o la intimidad o su musculatura, producto de la placidez o de la angustia. El gigante escultor del siglo XIX esculpía lo que después sería el parangón para los escultores a principios del siglo XX.

Derrochó parte de su energía con la frágil aprendiz, con la hermana del poeta, la bella escultora Camille Claudel (1864-1943), 24 años más joven que su viejo maestro, a quien se entregó voluptuosamente bajo su capa negra, desnuda, a escondidas, para ser acariciada por las manos del escultor sin importarle si tenían restos de yeso, barro o polvo de mármol, mientras decidían si ella se convertía o no en su compañera para el resto de su vida.

El erotismo

El primer encuentro fue en 1883. Al año siguiente trabajaba en el taller donde le sirvió de modelo y posó para él. Luego se puso a trabajar como escultora y colaboró en varias figuras de la obra *Las puertas del infierno*. Finalmente se convirtió en su amante, modelo y musa por varios años. Dicen que Rodin se inspiró en ella para hacer *Danaïde* o *Fugit Amor*. Pero Camille quiso controlar la vida del artista y ahí comenzó el fin de su carrera y de su vida. Con ese deseo obsesivo sólo creó un ambiente de enfrentamiento que, a pesar de la pasión vigente, sólo logró que la relación reventara: no quiere ser más la amante, sino la esposa y única mujer del escultor. En esa lucha pierde el equilibrio y la razón para ser encerrada por su hermano en el manicomio de Montdevergues, donde murió 30 años después. Es hora que no nos recuperemos de esta tragedia de la que

hace años Hugo Hiriart escribió una espléndida obra de teatro.

El escultor se rodeó entre otros por Camille, la frágil y bella escultora y por Rainer María Rilke, el poeta del silencio que, en el otoño de 1902, huyendo de su esposa y de su hija recién nacida, llegó a París para escribir sobre Rodin: “estaba solo frente a su gloria. Era la fama la que había llegado –empieza diciendo–, fama que no es otra cosa que la suma de todos los malentendidos con los que se rodea a un nombre”. El escultor lo contrató como secretario (1905-1908) y con eso nos podemos imaginar el brutal contraste que había entre el poeta del silencio y el escultor que, como volcán en plena erupción, voluptuoso y lascivo, se enamoraba de todo lo que se movía y usaba faldas, mientras su secretario con dificultades escribía: “si sólo por una vez hubiera calma. Si lo azaroso y lo aproximativo se callara, y la risa de los vecinos; si el estrépito que hacen mis sentidos no me estorbara tanto al despertar...”.

Eva, desnuda y cabizbaja, había sido expulsada del paraíso y se tapaba el rostro y ocultaba su pecado original con el brazo izquierdo, negando con su palma abierta al fisgón y entrometido de la Biblia que no tenía el menor de los escrúpulos frente a la madre de todos, justo después de haber cometido el pecado original.

El erotismo dominó la vida de Rodin, y con el cuerpo humano al desnudo se inspiraba para trabajar en los detalles y sacar de la tierra misma al *Ídolo eterno*, a esa mujer que nos mira extrañada como si estuviéramos interrumpiendo su intimidad: desnuda, descansando sobre sus piernas dobladas, echada

hacia atrás para sostener el peso y la embestida del amante que ya está sobre ella, con las manos a la espalda, colocando su frente amorosa sobre la suavidad de su pecho, justo entre los dos senos hirsutos de su eterno ídolo. “Soy el silencio en medio de dos notas”, le dijo Rilke un día a Lou Andreas-Salomé, quien fuera su amante. El silencio de la escultura.

El misterio del arte

La eterna primavera surge de la tierra para ser besada por el hombre que la espera, como esperaban a Helena, aquella del rostro que impulsó las mil naves e hizo arder las altivas torres de Ilión –como dijo el doctor Fausto–, que desaparecía cada año. Dicen que era rapada en el invierno, para regresar puntual en la primavera, divina, adornada con el color de las flores del campo y ser bienvenida con un beso vigoroso y apasionado como el que le daba ese hombre que la esperaba año con año.

Las obras de arte son un misterio. Las de Rodin no son la excepción. Pero ese misterio lo podemos descubrir si vemos algunas de sus obras como las que están en la Ciudad de México en el Museo Soumaya, en donde tienen una colección de obras de este escultor para que nosotros le demos la lectura que queramos, como se acostumbra hacer con las obras de arte que, en verdad, dependen de la imaginación pues el artista sólo las sugiere y las esboza, para que nosotros terminemos haciendo la tarea. •

MARTÍN CASILLAS DE ALBA

Ciudad de México, 1941. Escritor, editor y novelista. Coordina el taller de Shakespeare en la UPN y en el Tec de Monterrey.